



Osvaldo Saidón

A Osvaldo Saidón: Amigo querido

En sus últimos días, cuando ya su enfermedad le daba poco respiro, decide con dignidad, con entereza y con amor a la vida, despedirse de sus seres más queridos.

Vivir y morir con dignidad, su hermosa vida. Así lo conocí a los dieciocho años, así vivió siempre.

Humano, muy humano en sus resoluciones, en sus contradicciones, en sus pasiones, en sus desesperaciones, en sus desbordes y en especial, en sus alegrías y en sus desafíos a todo lo ya dado por instituido o concluido.

Humano, muy humano en su lucha contra la injusticia, el sufrimiento y todo lo que impidiera que todas y todos tengamos una vida digna, feliz; que impidiera que la alegría fluya.

Sabemos que los múltiples, discontinuos y alocados hilos de la Historia entraman una red silenciosa que nos habita. Entrama un tejido que habitan algunas, pocas o muchas, sensibilidades deseantes de nuevas preguntas y de nuevas búsquedas. El modo en que Osvaldo habitó, fluyó y construyó su sensibilidad, fue pasional. Pasión por la vida, pasión en el amor, pasión en su rechazo de las pasiones tristes. Pasión en su compromiso con los otros, en sus búsquedas, en sus habituales disconformidades y con cualquier verdad que se dijese como última,

absoluta o sagrada.

Sensibilidad que provocaba, interpelaba, nos hacía vacilar: quería que lo acompañáramos, siempre, en sus vacilaciones, en sus rebeliones, y a veces, en sus desesperaciones frente a la soledad en que, por momentos, la vida nos deja. No dejaba que lo dejásemos solo, no quería que nos dejásemos solos, frente a la inmensidad de vivir.

Tampoco nos dejó solos en su despedida de la vida, porque se trata siempre de que la vida fluya humanamente tierna, hasta el último instante.

**Ana N. Berezin,
Junio 2023**

BEREZIN Ana N. Psicoanalista,
docente invitada de los posgrados en
Salud Mental Comunitaria de la UNLa